

El lenguaje del canto y del pensamiento de Armando González Torres

Armando González Torres,

Los días prolijos,

Verdehalago,

México, 2001, 65 pp.

Por Ernesto Lumberras

La primer realidad con lo que se topa el lector de los poemas de *Los días prolijos* es con la realidad del lenguaje. Dicho así, en su pura llaneza este primer comentario sería una obviedad. Todos sabemos que para que haya poema tiene que haber lenguaje, si no estaríamos leyendo un libro con todas sus páginas en blanco, aunque esa blancura esté significando algo. Evidentemente, la posibilidad de encontrarme con un poema sin lenguaje, es decir, sin sentido es prácticamente inverosímil.

Ya en este avance me resulta más conveniente decir que los poemas de este libro presentan, como realidad primera, "un lenguaje cargado de sentido". La frase anterior no es mía, pertenece a Wallace Stevens y encierra una definición abierta de la poesía. Apoyado en este concepto entiendo plenamente que la multiplicidad de sentido es consustancial al decir poético; desde esa claridad es más fácil subrayar el énfasis y la diversidad de sentidos que nos entregan los versos y las prosas de este libro de Armando González Torres.

Me llama la atención que los tres volúmenes publicados hasta ahora: *La conversación ortodoxa*, 1996, *La sed de los cadáveres*, 1999, y el que nos ocupa en este comentario, estén estructurados sobre una feliz combinatoria de prosa y verso. Si en el primer título, que ya revelaba un índice de giros excéntricos y clásicos sin contraposición, sus siguientes libros sumarían otros elementos igualmente valiosos para su discurso: un esmerada inclinación por la cadencia musical apoyada en métricas regulares; un gusto por la precisión, en el estilo de los prosistas de "la páginas perfecta", Torri, Borges, Arreola; un fraseo más concentrado

y con mayor control sin hostigar el flujo rítmico; un tratamiento temático expuesto a través de una suerte de monólogo crítico, autoparódico incluso. Con todo este arsenal, González Torres construye objetos verbales de inquietante sonoridad donde alterna la música espontánea de la oralidad con las armonías y los encabalgamientos de la poesía del Siglo de Oro. Esta síntesis me parece uno de los territorios de mayor significación en el trabajo de este poeta. Cabe apuntar que la coloquialidad en *La conversación ortodoxa*, sin abusar del verismo, procuraba una especie de dicción mientras que en *Los días prolijos* se manifiesta como un ambiente o una temperatura:

Justo cuando en la víspera la sana palabra
precede su presencia con un presentimiento
cuando el rostro del prodigio y el resplandor
de su perfume se incendian en las cercanías
todo se alivia y repara, nada compunge o daña.

Ese decir, con garbo pero también con naturalidad y gusto por el juego sonoro, lo acercan a una trilogía de poetas hispanoamericanos que en muchos sentidos abrieron rumbos insospechados a la

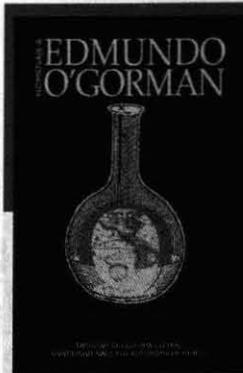


Heidegger y la pregunta por la ética,

Juliana González Valenzuela (coord.),

Seminario de Metafísica / Facultad de Filosofía y Letras / UNAM, México, 2001, pp. 145

Este libro es un esfuerzo colectivo por confrontarse con las señales éticas que se pueden encontrar en distintos hitos de la meditación heideggeriana.



Homenaje a Edmundo O'Gorman,

Josefina Mc.Gregor (coord.),

Facultad de Filosofía y Letras / UNAM,

México, 2001, pp. 153

Aquí se reúnen las diversas lecturas sobre la obra de don Edmundo, así como las imágenes y anécdotas sobre el maestro que nunca abandonó su papel como docente.

lengua española: Lugones, Herrera y Reissig y López Velarde. En Armando González Torres observo una fascinación por asociar realidades partiendo no, como premisa primera o única, de sus significados. Por esos mismo, la plasticidad sonora y visual le resulta más atractiva para urdir la trama de sus metáforas; entonces tenemos que el adjetivo "sana" califica al sustantivo "palabra" no por las correspondencias de sus significados sino por la coincidencia en la rima. En ese misma proyección auditiva se monta la aliteración del verso: "precede su pre-

sencia con un presentimiento" donde lo fundacional y funcional del decir del poema trastoca las prioridades de la comunicación y el lenguaje entonces se carga

de sentidos, de sugerencias, evocaciones, asombros. Desde luego que el poema está comunicando pero no como noticia o informe; su inclinación por lo fugaz lo llena de una materia paradójicamente perdurable, inmune a los cambios del drama histórico y a las peregrinas convenciones llamadas modas o tendencias.

La lectura de *Los días prolijos* me deja una sensación de malestar espiritual. En sus dos libros anteriores ya aparecía, como una bruma, ese aire malsano tan familiar a los decadentistas franceses. Los versos emblemáticos de ese *ennui*, como sabemos, los escribió Mallarmé en su poema "Brisa marina": "La carne es triste ¡ay! y todo lo he leído." En "La oda marítima", Álvaro de Campos hace estallar ese mismo sentimiento de frustración existencial, de agobio y cansancio, de cólera y des-

asosiego cuando al mirar las embarcaciones en la ría se da cuenta que su "alma está con lo que menos veo (...) con la dolorosa dulzura que sube en mí como una náusea, / como el principio de un mareo, pero del espíritu." En estos poemas del nuevo libro de González Torres se enuncia y se canta el desengaño de la realidad objetiva con todo su menú de ilusiones; los milagros del amor o los prodigios de la belleza son, por lo mismo, pese a lo dicho por el poeta de *La siesta del fauno*, los únicos resguardos que poseemos en medio de la

zozobra y la estulticia.

Sabiendo que el autor de este libro, además de escribir poemas, destaca como unos de nuestros ensayistas más exigentes, no es casual que en *Los días prolijos* aparezca

esa tensión tan propia del pensamiento que se revela con la demora de las realidades plenas.

Sus poemas en prosa, especialmente, contienen en su compleja y seductora armonía el hálito de la lucidez que piensa con símbolos, parábolas, músicas. No sé por qué, al terminar la lectura del libro, me vino a la mente, con sus diferencias en muchos ámbitos, asociarlos como una correspondencia o probable genealogía con *El hacedor* de Borges. También en ese volumen, el poeta argentino ensaya el canto y el pensamiento o también, podría leerse que canta el ensayo del pensamiento. La aventura, nada sigilosa, de Armando González Torres se lee en esas dos bandas, habitada de innumerables hallazgos sonoros o visuales, de orbes donde el lenguaje, siempre en ristre, está multiplicando realidades. ♦♦